

# Dr. Kevin E. Frederick, Valdenses, Lección 7, Volviendo a la verdad, Mujeres predicadoras

© 2024 Kevin Frederick y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 7, Volviendo a la verdad, mujeres predicadoras.

Nuestro sermón de hoy se llama Volviendo a la verdad y sigue a las mujeres valdenses y el papel que desempeñaron en la fe.

Ciertamente, al comienzo mismo de su ministerio, del ministerio de Valdo, hombres y mujeres predicaban en el siglo XII. ¿Por qué es eso, y dónde encontramos en las Escrituras la base para entender que las mujeres asumieran roles de liderazgo? Incluso en la iglesia primitiva, los valdenses analizaron varios pasajes, y ahora les voy a leer dos de ellos. En Marcos 16, cuando terminó el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé trajeron especias para ir a ungirlo.

El primer día de la semana, muy de mañana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Se preguntaban unos a otros quién nos haría rodar la piedra de la entrada del sepulcro. Cuando levantaron la vista, vieron que la piedra, que era muy grande, ya había sido removida. Cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven vestido con una túnica blanca, sentado al lado derecho. Se alarmaron.

Pero él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado y no está aquí. Mirad, allí hay un lugar donde lo han puesto.

Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, tal como os dijo. Salieron, pues, y huyeron del sepulcro, porque el terror y el estupor se habían apoderado de ellas.

Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo. Y todo lo que se les había ordenado, lo relataron brevemente a los que estaban con Pedro. Y después, Jesús mismo envió por medio de ellos, de Oriente a Occidente, el anuncio sagrado e imperecedero de la salvación eterna.

Jesús resucitó por la mañana, el primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena, de quien había expulsado siete demonios. Ella salió y se lo contó a quienes habían estado con él, que estaban de luto y llorando. Pero cuando oyeron que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron.

Entonces, el enfoque de esa escritura es que Jesús le dice a María que vaya y se lo diga a sus hermanos. Y ciertamente, en el pasaje de Lucas vemos que Jesús exhorta a

su seguidora, María Magdalena, a que vaya y se lo diga. Pero luego vamos a Gálatas 3, 23 a 29.

Ahora bien, antes de que viniese la fe, estábamos presos y bajo custodia de la ley hasta que la fe fue revelada. De modo que la ley era nuestro castigo hasta que vino Cristo, para que fuésemos justificados por la fe. Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos sujetos a castigo alguno.

Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. Así que ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, varón ni mujer, sino que todos sois uno en Cristo Jesús.

Y si sois de Cristo, entonces sois linaje de Abram, herederos según la promesa. Ésta es la palabra del Señor. Aunque las mujeres valdenses predicaron abiertamente durante más de 50 años, hacia la segunda mitad del siglo XIII, como resultado directo de las violentas persecuciones contra las mujeres valdenses por parte de la Iglesia romana, comenzaron a asumir roles que eran menos visibles para el mundo exterior pero que eran tan esenciales para la vida de su fe como una comunidad de discípulos.

En los grupos llamados sorores (hermana en latín), de donde proviene la palabra hermandad, el enfoque del discipulado femenino valdense sufrió cambios significativos. Las sorores, lo que podríamos llamar la hermandad valdense, comenzaron a reorientar su ministerio en torno al establecimiento de una red de hospicios dentro de la comunidad valdense. Estos hospicios eran dirigidos y administrados por mujeres para la práctica de brindar hospitalidad a los pobres, los enfermos y las mujeres indigentes.

Con el tiempo, en muchos de estos hospicios, las sorores comenzaron a proporcionar alojamiento para la preparación de los ministros valdenses itinerantes, las barbas, y comenzaron lo que se convertiría en un precursor de los seminarios y escuelas valdenses. El título de sorores transmitía el papel de la asociación en igualdad de condiciones de las mujeres con los hombres, que estaban encargados del llamado más visible de difundir el evangelio. Este papel de asociación, tal como se materializaba en la organización de las sorores, era indispensable para el testimonio de la comunidad de fe valdense y siguió siendo vital mientras perduró un sistema misionero y evangélico valdense de enviar pastores en equipos de dos por toda Europa.

Sin embargo, con la llegada de la Reforma en el siglo XVI, los cambios radicales que trajo consigo al cristianismo protestante y el énfasis de los valdenses en el ministerio cambiaron drásticamente de una forma itinerante de evangelización a un servicio como pastor de comunidades de fe y casas de culto geográficamente fijas. Además, inmediatamente después de unirse al movimiento de la Reforma, los predicadores

valdenses ya no se formaban en un seminario valdense, sino que iban a la escuela y al seminario en Ginebra, Suiza. Como resultado, el ministerio de las hermanas y el apoyo y la formación de los predicadores itinerantes valdenses, los barba, perdieron importancia.

Y, sin embargo, hoy en día todavía encontramos los hilos de la influencia de las hermanas en el enfoque valdense actual sobre la importancia de la educación de sus niños y ciudadanos, el establecimiento de las forestarias, que son las casas de hospitalidad valdenses, y su enfoque en un ministerio para los pobres y marginados en la sociedad. Todos estos componentes del ministerio valdense se remontan al énfasis del ministerio de las hermanas. En términos modernos, lo que llamaríamos a esto en la iglesia eclesial hoy serían ministerios diaconales.

Con estos antecedentes en mente, ahora nos centraremos en los últimos años de la década de 1940. Poco después de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, nuevos y dinámicos cambios comenzaron a afectar a la iglesia valdense. El primero fue el cambio del papel de las mujeres en la sociedad, que pasaron de ser principalmente amas de casa a ingresar al mundo laboral y profesional, y a ocupaciones que tradicionalmente se definían como tareas de hombres.

El segundo gran cambio que impactó a la iglesia valdense fue una reducción significativa de los hombres interesados en servir como pastores. En 1948, estos asuntos se convirtieron en un tema abordado en la reunión del Sínodo Valdense que se celebraba cada agosto. Como resultado, la Tavola Valdes, que es la junta administrativa de la iglesia valdense, similar a la Asamblea General de la iglesia presbiteriana, fue la primera en ser convocada para estudiar la cuestión de las vocaciones femeninas en el pastorado.

Los documentos de estos primeros días del estudio revelan un sesgo por parte de los hombres que realizaban la investigación. Su enfoque no estaba en la igualdad de hombres y mujeres en el ministerio, sino en la exploración de los dones particulares que las mujeres aportaban a ciertos tipos de funciones ministeriales. El profesor Giovanni Miegge, del Seminario Valdense de Roma, fue designado para dirigir el equipo de estudio de tres hombres que recibieron instrucciones de abordar estas tres cuestiones particulares: los ministerios auxiliares, el ministerio de la mujer y la participación de la mujer en los órganos de gobierno de la iglesia valdense.

Durante los primeros once años de este debate, el enfoque del Sínodo y de los escritos tendió a enfatizar los ministerios femeninos en lugar del papel de la mujer en el ministerio. La distinción puede parecer un poco oscura, pero el énfasis tendió a reforzar un prejuicio que categorizaba ciertas funciones menores del ministerio, como la supervisión de la escuela dominical, las actividades de los jóvenes, los grupos de mujeres, los ministerios de visitación y algunas tareas administrativas para las trabajadoras de la iglesia. Los hombres, por otro lado, eran el clero ordenado, los que

predicaban el evangelio, administraban los sacramentos y participaban en las decisiones importantes de la iglesia.

Por supuesto, esta división del trabajo sólo podía ser posible en las iglesias valdenses más grandes. El foco de esta disputa excluyó arbitrariamente a las mujeres del servicio en la mayoría de las iglesias valdenses porque eran demasiado pequeñas para mantener a un segundo miembro del personal profesional. En 1954, el Sínodo Valdense adoptó y estableció el papel de asistentes de la iglesia, mujeres que podían trabajar en cooperación con el clero masculino realizando el ministerio de visitas, educación religiosa y ministerio de mujeres.

Debido al sesgo cultural que impacta el papel de las mujeres en el ministerio, el foco de la discusión se fue alejando del papel de las mujeres en el ministerio ordenado hacia el tema más manejable del papel de las mujeres en la iglesia, como se acaba de describir, haciendo hincapié en el papel de las asistentes auxiliares femeninas en el servicio dentro de las iglesias valdenses más grandes. Tenga en cuenta que a fines de la década de 1940 y en la de 1950, estas mismas opiniones eran ampliamente sostenidas dentro de la cristiandad principal en los EE. UU. Este énfasis desvió toda la discusión del papel de las mujeres en el ministerio ordenado a lo largo de la década de 1950. Durante diez años, este tema se discutió en el piso del Sínodo en Torre Pellicci, Italia, celebrado cada agosto por un grupo de clérigos y ancianos varones.

Con frecuencia se planteaban argumentos estereotipados sobre las mujeres y en contra de sus dones como ministras ordenadas, pero no se los cuestionaba porque sólo había hombres hablando, aunque había una mujer presente observando el debate. Hacia finales de los años cincuenta, en una reunión del Sínodo, había ocho mujeres presentes. Vinieron a escuchar, pero después de que los líderes masculinos de la iglesia insistieran en que participaran en el debate, dos de las mujeres hablaron con vacilación y timidez.

Todos los presentes se dieron cuenta de que no existían perspectivas de mujeres organizadas y articuladas sobre los temas que se estaban debatiendo. Lo que se necesitaba era una posición bien desarrollada sobre el tema, que expresara una perspectiva de mujeres comúnmente acordada. Ya en 1949, el profesor Miegge escribió que reconocía Gálatas 3:28 y su referencia a que en Cristo ya no hay hombre ni mujer como un principio subyacente de igualdad que transmitía la clara enunciación del espíritu del evangelio.

Miegge concluyó que la iglesia tiene todo el derecho, si no el deber, de ajustar nuestra comprensión del ministerio de la mujer, y resaltó el principio absoluto de igualdad de Gálatas 3:28. Miegge tenía razón al considerar que esta carta de Pablo era central para su teología. En Gálatas, Pablo comunica una fórmula bautismal que todos reciben en el momento de su bautismo. Es la imagen de la nueva creación de

Dios en Cristo, una nueva creación donde la unidad transforma las divisiones sociales.

En palabras del propio Pablo, en Cristo no hay varón ni mujer, judío ni griego, esclavo ni libre. Si tienes fe en Cristo, estás arraigado en Él y perteneces a Él como hijo de Dios, como heredero del pacto. En la nueva creación de Cristo, los roles de género ya no tienen cabida.

En la comunidad de Cristo, la fe es el factor de identificación. Si estamos en Cristo, entonces cada uno de nosotros es una nueva creación, y nuestra identidad es igual a la de los hijos de la alianza. Después de una década de estudio, a fines de los años 50, el profesor Miegge había estado explorando esta difícil cuestión de la ordenación de mujeres desde una variedad de ángulos, incluyendo el bíblico, teológico, histórico y basado en la experiencia de unas pocas iglesias en toda Europa que tenían mujeres en diversos roles de liderazgo.

Miegge instó a la iglesia a que intentara experimentar y descubrir las implicaciones de las mujeres en el ministerio basándose en la experiencia. Así, en 1959, Tabola, el órgano rector de la Iglesia Valdense, encomendó a la Sra. Carmen Trobia Ceteroni, que es una trabajadora auxiliar de la iglesia, se formó en el seminario de Roma y fue responsable de una iglesia durante los meses de verano. Esta experiencia positiva para la congregación y para la Sra. Trobia sirvió como punto de partida para cambiar el debate y abordar la cuestión de la mujer en el ministerio ordenado.

En 1960, antes de la reunión del Sínodo, en agosto, se celebró un Congreso de la Federación de Mujeres Valdenses. Días después, cuando se reunió el Sínodo, se escuchó la primera opinión oficial de las mujeres, que defendían eficazmente el papel de la mujer en el ministerio ordenado. Pero junto con esta presentación, ese año se produjo un debate serio sobre si la Iglesia Valdense todavía necesitaba el papel de un ministro ordenado.

La combinación de estos dos temas dio lugar a un debate serio sobre las cualidades necesarias para el pastorado. De 1960 a 1962, el debate se amplió desde el pleno del Sínodo para incluir las opiniones de los valdenses en las iglesias locales de toda la denominación en Italia. Cuando el Sínodo se reunió en 1962, se plantearon diversas objeciones en los debates de las iglesias locales, pero fueron abordadas en la Tavola.

Una importante objeción se basó en la preocupación de que las mujeres pudieran adquirir autoridad sobre los hombres en el cuidado de las almas. La Tavola, que había estado estudiando estos asuntos durante 13 años, abordó esta preocupación, afirmando que la autoridad de un ministro provenía de la autoridad de las Escrituras y del ejercicio del oficio de ministro, más que del género o la personalidad de la persona. La objeción fue anulada.

Una segunda preocupación que se planteó en la iglesia fue que sería difícil para una mujer asumir las pesadas responsabilidades del cargo de ministro por razones sociales y de estilo de vida. La Tavola respondió que los hombres llamados al ministerio se enfrentaban al mismo tipo de dificultades y opciones. En tercer lugar, estaba la preocupación por la masculinización de las mujeres en el desempeño de las funciones de pastor, y esto fue contrarrestado por el reconocimiento de que las iglesias no deberían centralizar su ministerio en manos de los pastores, sino que deberían involucrar a los miembros de la iglesia de manera más efectiva para encarnar el sacerdocio de todos los creyentes.

La última objeción planteada fue de naturaleza económica. Pensando que hombres y mujeres competirían por los puestos de liderazgo ordenados, la respuesta de la Tavola es particularmente interesante. No crean que la apertura del pastorado a las mujeres creará una inflación de ministros.

Estamos convencidos, escribieron en 1962, de que las mujeres pastoras siempre serán minoría. Después de abordar cada una de estas preocupaciones en la reunión del sínodo, la iglesia valdense votó por mayoría para abrir las puertas a la ordenación de mujeres. En agosto de 1967, las dos primeras pastoras valdenses formadas en seminarios fueron ordenadas, incluida la Sra. Carmen Trobia, y comenzaron a servir en las iglesias.

Al relacionar las líneas históricas que no se articulaban en los documentos que leí, comencé a preguntarme cómo el profesor Miegge no señaló el papel de las mujeres en las primeras décadas del movimiento valdense como justificación para la ordenación de mujeres. Sin embargo, me enteré de que no fue hasta 1962 que se realizó el primer estudio de la iglesia antigua. Por lo tanto, el hecho de que las mujeres predicaran a fines del siglo XII y principios del siglo XIII aparentemente fue desconocido para los líderes de la iglesia hasta décadas recientes.

Es muy probable que en 1961 toda la comunidad valdense no conociera este hecho de su orgullosa herencia. La investigación temática sobre las mujeres valdenses sigue siendo hoy un estudio académico relativamente poco explorado. Al reflexionar sobre esta historia relativamente desconocida, vienen a la mente dos cosas.

En primer lugar, me sorprende el grado de radicalidad con que los valdenses de la primera generación adhirieron y practicaron las Sagradas Escrituras hasta el punto de atreverse a desafiar abiertamente a la Iglesia Católica Romana cuando ya habían interpretado las Escrituras por sí mismos. En segundo lugar, me sorprende el tiempo que les ha llevado a los eruditos bíblicos y a los líderes de la iglesia ponerse al día con el testimonio dinámico de fe de la primera generación de hombres y mujeres valdenses. Ochocientos años después, hemos adoptado la misma orientación progresista y basada en la fe hacia este mensaje del evangelio que nuestros antepasados en la fe reconocieron hace tanto tiempo.

En este sentido, la verdad de Dios ha dado un giro completo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta es una continuación del sermón sobre las mujeres predicadoras y la respuesta de la iglesia medieval a las mujeres predicadoras titulado *Muffled by Contempt* (Ahogadas por el desprecio).

Ya en el siglo XII, las mujeres valdenses encontraron justificación para predicar el evangelio, en los testimonios bíblicos de María Magdalena, la profetisa Ana y otras discípulas femeninas como Priscila y Dorcas. Las mujeres proclamaban el evangelio en lugares públicos ya en 1180. Es muy probable que ya lo hicieran antes, pero en esa fecha Godofredo de Auxerre, secretario del obispo católico Bernardo de Claraval, escribió un informe en el que condenaba a dos mujeres valdenses por predicar en la ciudad francesa de Clermont y por insultar públicamente al obispo Bernardo de Claraval.

Estas dos mujeres fueron denunciadas como herejes y más tarde etiquetadas como prostitutas. Cuando los hombres y mujeres valdenses predicaban a finales del siglo XII y principios del XIII, su mensaje era directo. A menudo recitaban pasajes de las Sagradas Escrituras que habían sido traducidos a la lengua del pueblo y exhortaban públicamente a la gente a denunciar el pecado y arrepentirse de sus errores.

Incluso este nivel básico de proclamación fue interpretado como una amenaza seria y vital por la iglesia romana, según la plétora de informes formales escritos por y para la iglesia romana a partir del siglo XII. Estos informes aumentaron sustancialmente en volumen durante los siguientes cincuenta años. Godofredo de Auxerre caricaturizó a las predicadoras dentro de la comunidad valdense, comparándolas con personas como la falsa prostituta Jezabel del libro del Apocalipsis.

Es lo mismo que le ocurrió a la anciana Jezabel del Libro de los Reyes, que se casó con el rey Acab, se opuso al profeta Elías y se convirtió en una ardiente seguidora del dios Baal. Geoffrey prohibió a las mujeres hablar o enseñar en la iglesia, citando 2 Timoteo 3.6, describiéndolas como unas miserables mujercitas, cargadas de pecados, curiosas y verborreicas, atrevidas, desvergonzadas e insolentes, que entran en las casas de otras personas. Identificó a María, la madre de Jesús, que guardaba todo en silencio en su corazón, como el modelo perfecto de la feminidad.

Bernardo de Fontcaude describió a María como el modelo perfecto de la feminidad. Desde la década de 1180 hasta principios de la de 1190, escribió extensamente contra las predicadoras valdenses, citando la ley eclesiástica contra cualquier predicación laica no autorizada por considerarla una desobediencia al oficio del sacerdote. Aquellas infractoras, decía, debían ser tratadas como el Anticristo y debían ser rechazadas públicamente.

Los valdenses citaron numerosos pasajes de las Escrituras que afirmaban el derecho de la mujer a predicar, como el de Ana la profetisa en Lucas 2, 36-38, en la circuncisión de Jesús, citado por los valdenses como defensor de las mujeres predicadoras. Bernard escribe en refutación que Ana estaba profetizando en el templo y no predicando, y de alguna manera hizo una distinción entre las dos cosas. Las persecuciones contra los valdenses en el siglo XIII aumentaron con creciente celeridad.

En el siglo XIII, los viajes eran realizados principalmente por comerciantes, trovadores, vendedores y mujeres, que no tenían por qué estar en el camino. A mediados del siglo XIII, la persecución de las mujeres predicadoras era tan común que la presión obligó a las mujeres valdenses a expresar su fe en formas de ministerio menos públicas pero igualmente dinámicas. Toda la comunidad valdense llegó a reconocer que era mucho más fácil para sus hombres predicar en entornos públicos sin despertar sospechas de inmediato porque podían ejercer un oficio como barberos, médicos, vendedores ambulantes y artesanos para enmascarar su objetivo principal de proclamar el evangelio.

Como resultado directo de las violentas persecuciones contra las mujeres valdenses, estas comenzaron a asumir roles menos visibles para el mundo exterior, pero igualmente esenciales para su testimonio como comunidad de discípulos. Ya mencionamos el papel de las hermandades. A medida que transcurrió el tiempo, en muchos de estos hospicios las hermandades también proporcionaron alojamiento para la preparación de ministros itinerantes y comenzaron lo que se convertiría en un precursor de los seminarios y escuelas valdenses.

Este papel de asociación fue indispensable para el testimonio de la comunidad de fe valdense y siguió siendo vital mientras los valdenses enviaron pastores hasta la década de 1530. De modo que esto complementa el sermón que prediqué hace unos momentos y pensé que podría ser bueno agregarlo porque brinda más antecedentes históricos de ese período de tiempo.

Este es el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 7, Volviendo a la verdad, mujeres predicadoras.